

quiso tenerlo como compañero de viaje; pero ya el nombre del héroe de América «estaba borrado en el libro del Destino», como escribían en esos tiempos del romanticismo.

El Libertador y el doctor Révérend vivían en constantes pláticas, tanto como a aquél se lo permitía la grave enfermedad que le carcomía el organismo, ese organismo que resistió a todas las fatigas y penalidades de las guerras y las campañas; ese organismo que en mil combates respetaron las balas peninsulares; ese organismo que sólo empezó a decaer cuando la conjuración del 25 de setiembre obligó al prócer a arrojarse por una ventana y a permanecer horas en un albañal, bajo un inmundo puente, mientras las rachas heladas del Monserrat soplaban inclementes y las frías neblinas trepaban por los riscos como una teoría de fantasmas.

Un día hallábanse el Libertador y Révérend sentados bajo el histórico tamarindo, árbol tan célebre en América como el sauce de Musset:

«Caros amigos: cuando sucumba,
plantad un sauce junto a mi tumba:
triste es su aspecto, su cabellera
dará a mis huesos sombra ligera!»

El sol de medio día reverberaba en las aguas de un surtidor y hacía jadear los lagartos que abrían las fauces en los mogotes retostados. Una brisa tibia remecía el follaje de los tamarindos y de las palmeras y agitaba los ya ralos cabellos del Libertador que, sumido en un ensueño, miraba la vaga lejanía.

De pronto Bolívar, dirigiéndose a Révérend, le dijo, como si continuara una interrumpida conversación:

—Doctor: ¿usted qué vino a buscar a estas tierras?

—La libertad!—le contestó el médico lacónicamente.